

La unanimidad es indeseable

por Ramón Díaz

Hace algunos días un comentarista argentino afirmaba que los británicos no entienden que no están combatiendo contra una dictadura militar, sino contra todo un pueblo.

Es probable que, en efecto, ignoren el apoyo monolítico que los argentinos han dado a la acción de sus Fuerzas Armadas en el Atlántico Sur, pero es difícil que de conocerlo, les impresionara.

Por regla general, los gobiernos británicos no han tenido apoyo unánime en sus conflictos armados. Hitler tuvo el mérito de reducir la oposición a un grupúsculo fascista, pero en la primera guerra mundial, la opinión antibélica fue significativa. En la guerra sudafricana hubo un partido pro-boer importante, y la posición pro-independentista americana tuvo considerable apoyo en el propio Parlamento británico, bajo el liderazgo genial de Edmund Burke.

La Sra. Thatcher ha contado con bastante apoyo popular, pero hay numerosos opositores al envío de la flota al Sur, que incluso han crecido con el desarrollo de las acciones bélicas.

Esto es natural. Los asuntos humanos son demasiado complejos para que la razón pueda conducir a todos, como en un problema matemático, a la misma solución. En una palabra, la razón necesariamente genera disidencia. Sólo la pasión puede suscitar unanimidad.

La conducción democrática de los asuntos de un país es esencialmente dialéctica. La debilidad de la razón humana hace que el error siga de cerca a la acción, como su sombra; pero la diversidad de opiniones aporta el sistema de contrapesos que garantiza contra un avance excesivo en la dirección del error. Inhiba usted ese mecanismo estabilizador y se hallará en grave peligro.

La nación argentina me parece alarmantemente propensa a cristalizar posiciones unánimes en torno a sus enfrentamientos internacionales. Poco antes del **affaire** malvinense, vimos igualmente al pueblo argentino sólidamente detrás de su gobierno a propósito del conflicto del Beagle. Aquí se trataba de desconocer el laudo de un árbitro libremente elegido por las partes, lo cual debió plantear a muchos algún grado de embarazo intelectual. Pues no lo dejaron traslucir. Hubo un momento en que el choque armado pareció inminente, pero el apoyo popular al Gobierno no reveló el menor titubeo.

Pienso que el sistema educativo debe ser fundamentalmente responsable por esto. Ello me preocupa, porque se trata de nuestros vecinos, con quienes siempre creí que estaríamos llamados a progresivos grados de integración, pero también porque sospecho que en alguna medida nuestro propio sistema educacional puede hallarse incurso en parecido error.

Durante años integré una comisión que seleccionaba becarios para cursar los dos últimos años del ciclo secundario en un colegio internacional. El nivel de los candidatos preseleccionados que entrevistábamos era brillante, y no hubo una sola ocasión en que terminase aquella tarea sin sentirme optimista sobre el futuro del país. Hay un aspecto, sin embargo, que me causaba cierta inquietud.

Un miembro de la comisión formulaba invariablemente dos preguntas. Una era:

"Si ganas la beca vas a tener muchos compañeros que no saben nada del Uruguay. Si te pidieran que les contases una cosa buena y una cosa mala de nuestro país, ¿qué les dirías?"

Y la otra:

"¿Quién es el héroe o heroína de la historia o la literatura, a quien más admiras?"

En la primera pregunta, los candidatos mostraban una absoluta imposibilidad para responder la segunda parte. Uno solo, después de muchas hesitaciones, sugirió que tal vez fuéramos poco trabajadores. Respecto de la segunda pregunta, si dijera que nueve de cada diez contestaban "Artigas", incluyendo las chicas, me quedaría decididamente corto.

Yo querría que el sistema educativo estimulase a nuestros jóvenes a pensar objetiva y racionalmente sobre nuestro país, sus intereses, y los personajes de su historia. Desearía que les ayudase a comprender que todos los valores encarnados en ese ámbito participan de la relatividad de todos los asuntos humanos. Aspiraría a que desarrollasen su sentido crítico, y su capacidad para expresarse con sinceridad sobre todos los temas, sin excepción.

En síntesis, querría que se formasen hombres y mujeres fuertemente reacios a la unanimidad.